

EN BEETHOVEN, HOSCO Y RECONCENTRADO, OCULTOSE UN ESPIRITU AMOROSO Y APASIONADO

NOS encontramos en Viena, a principios de mayo de 1796. Beethoven, después de cenar, ha pasado al salón de los príncipes de Lichnowsky. Antes, en Boon, fué su protector el conde Waldstein; ahora lo es este señor don Félix de Lichnowsky que, años después, ha de caer víctima del populacho de Francfort. Rodean al joven maestro las más encumbradas personalidades de la Corte de Francisco II. Quizá, también, en un apartado rincón del salón hállese el maestro Haydn, y quizá Albrechtberger, y quizá Salieri... Muy próxima al teclado encontramos a una damisela encantadora y diminuta. Tiene esta niña fama de inteligente y bella. A su vera, en un profundo sillón, uno de esos sillones de amplio respaldo, una apacible anciana se ha ubicado. Es, digámoslo ya, la madre de la joven, de Teresa de Brunswick...

Beethoven, un sí no es displicente, (no olvidemos que estamos en 1796 y que de Francia irradiaba un fuego de rebeldía), pasa sus dedos por el teclado. Alguien, entre genuflexiones de cortesanía, pidele que ejecute su "Concierto en do mayor"... El pianista calla, indeciso; pasea su mirada un tanto hosca por el auditorio. Pronto se detiene ante aquella silueta dulce y amabilísima de Teresa. Sus labios ya no se pliegan con ese su gesto habitual: han sonreído... Después, suenan algunas notas bajas (es la misma Teresa quien ha referido todo esto), y, lentamente, con misteriosa solemnidad, ejecuta un canto de Sebastián Bach, que dice así: "Si quieres darme tu corazón, que sea en secreto, y que nadie pueda descifrar nuestro común pensamiento"... La buena señora se ha adormecido en el volteriano sillón. Los empaquetados cortesanos y las altivas damas observan una actitud respetable, algo fría en el fondo. Hay que ver que ellos no piden a este joven músico —hoy su protegido—, las composiciones de otros: quieren algo suyo... Pero... ¿qué importa la frialdad y qué importa el silencioso reproche?... Muy próxima al piano, los ojos preñados de lágrimas y palpitante el diminuto seno, Teresa contempla a Beethoven: sólo para ella, únicamente para ella, ha sido esta música que la ha penetrado profundamente —hasta el alma—, dándole la vida.

Al siguiente día, Beethoven se ha encontrado en el parque, con Teresa, y, emocionado, balbuciente, le ha dicho: "Estoy escribiendo una ópera; su principal figura está en mí, delante de mí, en todo mi ser, allá donde voy. Nunca he llegado a semejante altura. Todo es luz, pureza y claridad. Hasta ayer, era yo como esos niños que cogen

las piedras y no saben ver las flores que hay al borde de los caminos."

Con todo, este amor que vemos florecer tan espléndidamente no ha de dar fruto alguno. El músico lleva sobre sus hombros una predestinación plúmbea e inmutable. Su vida ha de ser toda sacrificios y dolor; su amor por Teresa jamás se verá colmado. Y, así, cuando el 26 de marzo de 1827, en medio de la tempestad, la mano grata y simbólica de un desconocido —¡piadosa y sedante mano!— cierra sus ojos, aún es un postrer recuerdo para esta Teresa de Brunswick tan suya.

Es que Beethoven vivió eternamente esclavizado por el amor bajo todas sus formas. Sus mismos hermanos, Juan y Carlos, a quienes jamás abandonó, encargáronse de irle despojando día a día del producto de su arte y las subvenciones no menguadas que le asignaron el príncipe de Kinsky y Lobkowitz. Las pequeñeces domésticas amargáronle y carcomiéronle el alma, y a esto agregóse la sordera que venía amenazándole desde la juventud y que a los 26 años causóle estragos, más que físicos, morales. El carácter del artista, de gentil y cortesano, trocóse en agrio y pesimista. En todas partes comenzó a encontrar enemigos y traidores, y, en el paroxismo de su misantropía, llegó a acusar por defraudación al fiel Schindler. Los amigos le abandonaron y a su arte prefirieron las florituras rossinianas que, como bien dijo Felipe Pedrell, gorjeaban la Todor, la Unger y la Sontag.

Por fin, una bronquitis terminó con la ya minada salud de Beethoven y sucumbió rodeado, como hemos dicho, únicamente por algunos amigos y el fidelísimo Schindler, al que debemos más de un recuerdo sobre la vida del genial compositor.

Nació Luis von Beethoven en Bonn (Prusia) el 16 de setiembre de 1770, descendiente de una familia de músicos, pues su abuelo fué bajonista y maestro de capilla en Lovaina y su padre ocupó el puesto de tenor en la capilla del elector Maximiliano Federico.

Era Beethoven una fuente inagotable de inspiración. Sus creaciones se amplifican y ganan a medida que se van desarrollando. Cada nota es a modo de fuente fecunda de la que surgirán otras y otras, siempre sutiles y armoniosas, siempre hablándonos al alma, aun en las inocentes "Bagatelas".

La lista de obras de Beethoven llega a 138 composiciones moderadas.

C. M. L. DANERO.

nes. Preguntadle a un cartero la cantidad de amigas que tiene y ya comprenderéis su importancia.

Y ellos no son egoístas, pues con aquella paciencia de los que saben tienen a su alcance el bálsamo que aliviará todas las angustias: con sonrisa patriarcal se llenan de gozo al contemplar en los rostros llenos de ansiedad de sus amiguitas cómo se dibuja la dicha al recibir de sus manos la pócima bendita.

Y basta sólo para el orgullo de su oficio—de esa mi-

sión que debe ser ennoblecida por el sentimiento de tantas y diversas impresiones—ver desparramarse en su camino la rica alfombra que holla a su paso: de risas, lágrimas, soluciones de triunfo o de fracaso y que le florecen en su senda delineada siempre en una larga, misteriosa y dilatada interrogación color de esperanza.

Fe. Menina del SIGLO XX.

Caracas: mayo de 1926.

Especial para ELITE.